



www.loqueleo.com/ec

De carta en carta

Título original: *De carta em carta*

© Del texto: 2003, Ana María Machado

© De la ilustración de cubierta: 2015, Natascha Rosenberg

© De las ilustraciones interiores: 2003, Juan Ramón Alonso

© De la traducción: Atalaire

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-440-4

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Abril 2015

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Junio 2016

Séptima impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Muestra
promocional
De carta en carta

Ana María Machado

Prohibida
su venta

© Santillana



loqueleto



Érase una vez un niño pequeño que vivía en una ciudad pequeña. Me parece que no fue hace mucho tiempo. Ni muy lejos de aquí. Y que el niño, en realidad, no era tan pequeño. Pero aún no sabía leer ni escribir; como le pasaba a mucha gente en aquella ciudad, incluso a personas mucho mayores y más viejas que él.

La ciudad era antigua y se encontraba a la orilla del mar. Tenía calles estrechas, bonitas iglesias y plazuelas.

Guardaba recuerdos de otros tiempos más ricos. Conservaba unas murallas que ya no servían para nada, pero que antiguamente se habían usado para defender la ciudad del ataque

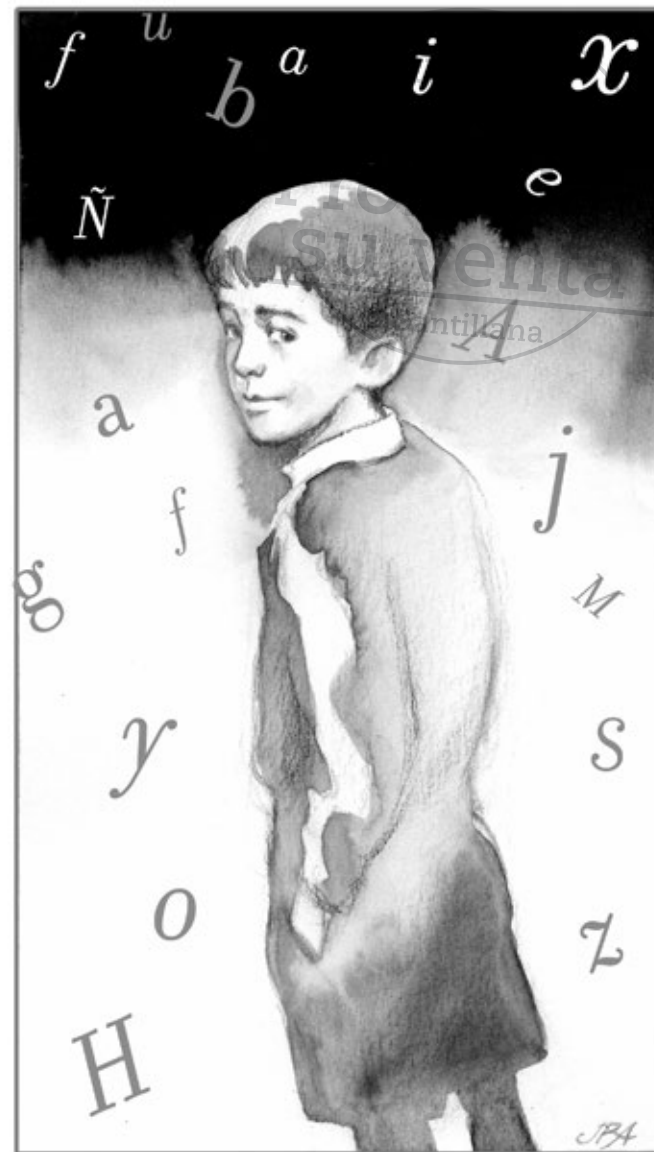
de los piratas. Tenía casas de dos pisos, con jardines en patios interiores, y terrazas con macetas llenas de flores.

Y en algunos lugares, aquellas terrazas del segundo piso eran grandes y estaban sobre unos arcos que se apoyaban en las aceras, formando soportales alrededor de las plazas y paseos.

Una de esas plazas era la plaza de los Escribidores.

Allí, debajo de las arcadas, se podían ver los bancos donde trabajaban unos hombres que se dedicaban a escribir todas las cosas importantes que las personas de aquella ciudad necesitaban escribir y no sabían: cartas, mensajes, documentos.

Algunos de aquellos escribidores apoyaban la máquina de escribir encima de mesas pequeñas, escritorios o incluso cajones.



Otros, que estaban empezando en la profesión, escribían a mano y cobraban más barato.

Pero todos pasaban el día allí, sentados alrededor de la plaza, conversando y esperando encargos.

10 Esta es la historia de dos clientes de los escribidores. Un niño llamado Pepe y su abuelo José.

Pepe y José vivían en la misma casa, con el resto de la familia: cuatro niños más y los padres del niño. La madre, Teresa, era hija del abuelo José.

Todos los días, muy temprano, el padre y la madre salían a trabajar. Los hermanos mayores iban a la escuela y Pepe se quedaba con el abuelo. Ya tenía edad para ir al colegio, pero no quería. Prefería quedarse jugando, además decía que tenía que hacerle compañía al abuelo, y los padres acababan por dejarlo.

El señor José había sido un excelente jardinero. Ahora estaba cansado, aunque todavía hacía pequeños trabajos en las casas de la vecindad.

Muchas veces José se llevaba a su nieto con él, como ayudante.

Los dos se llevaban muy bien, aunque reñían bastante. Eran muy parecidos, tercos y provocadores.

Discutían por cualquier cosa:

—Escarda ese jardín. Con cuidado, ¿eh...? No dejes ni una mala hierba...

—Ay, abuelo, no me dan ganas. Por qué no hacemos esto, verás, tú quitas las malas hierbas y yo riego.

—Nada de eso. Lo vas a encharcar todo. Tú siempre echas demasiada agua, ahogas las plantas...

—Y tú siempre llevas la regadera medio vacía, porque no puedes cargar con el peso. Las

plantas se van a acabar muriendo de sed, ¿no lo ves? Deja que yo lo haga.

—¿Me estás diciendo que no tengo fuerzas? ¿Que estoy viejo y ya no sirvo para nada?

—Es que no tienes fuerzas... Solo estoy diciendo la verdad... No te vayas a enfadar ahora por una tontería.

12

—Eres un malcriado, eso es lo que pasa. Se lo voy a contar a tu padre. Para que te castigue, vas a ver. Donde no te disculpes, cuando llegue, ja, ja, le voy a contar todo lo que haces durante el día.

El niño no quería que lo castigaran. Pero no iba a disculparse. Se quedó callado, conteniendo la rabia. El abuelo seguía rezongando:

—Todos los días lo mismo. No tienes ningún respeto. Nunca he visto que un niño de tu edad diga esas cosas a un viejo. En mis tiempos esto no pasaba... Eres un maleducado. Donde me vuelvas a decir algo así, vas a ver...



Furioso, Pepe salió de casa. Dio un portazo, pero no se sintió mejor. Si no quería que lo castigaran, no podía contestar al abuelo, aunque ganas no le faltaban. Si supiera... le diría cuatro cosas, pero sin hablar. Le escribiría al viejo una carta bien descarada. Pero no sabía escribir. Y tampoco tenía ganas de ir a la escuela para aprender.

Comenzó a andar por la calle, insultó por lo bajo, dio una patada a una lata vacía que estaba en el suelo, pero la rabia no se le pasó. Siguió caminando, hasta que llegó a la plaza de los Escribidores. Y tuvo una idea.

Se acercó a uno de los hombres que esperaba clientes delante de su mesa y le preguntó:

—Buenos días, señor Miguel. ¿Cuánto cuesta escribir una carta?

—Bueno, depende del tamaño... —respondió el hombre—. ¿Pero para quién es?

—Para mí mismo. Bueno..., es para mandársela a alguien, pero quiero escribirla yo.

—¿Y por qué no lo haces?

—Todavía no he aprendido.

El señor Miguel se quedó mirando a Pepe. Pensó que era muy triste que un niño de su edad no supiera escribir. Los mayores ya no podían aprender, a sus años era muy difícil para ellos, y cuando habían sido niños no todo el mundo en la ciudad podía ir a la escuela. Pero ahora sí era posible. El señor Miguel sabía que así iba a perder los clientes, pero le parecía bueno que los niños estudiaran. Y le parecía mal que un padre y una madre dejaran faltar a clase a su hijo. Entonces se le ocurrió ponerle una condición y respondió:

—A los niños de tu edad no les cobro nada. Pero tienes que hacer una cosa: debes ir a la escuela un día y venir a contarme cómo es, por-